

Comentario de película / Film Review

Traumas del pasado en *EL Insulto*. ZIAD DOUEIRI¹, Estados Unidos, 2017.

Por Igor Barrenetxea Marañón
(Universidad del País Vasco-EHU)

La película de Doueiri es única, imperfecta, intensa y sincera. Es una de estas historias que parecen no solo veraces sino reales, que se viven en persona, y que te arrastran de una manera que, si uno se fija de dónde parte, un hecho casual en un barrio de Beirut, y hasta dónde nos lleva, en las apenas dos horas de metraje, impacta todavía más. Desvela un profundo y desgarrador retrato humano, social y conflictivo, en una clave que nos induce a considerar el irracional comportamiento humano y, al mismo tiempo, lo explica. Se ambienta en el Líbano y se acerca a las tensas relaciones entre los libaneses y la comunidad palestina que vive refugiada allí desde hace años. Pero, sobre todo, nos aborda, como una lección universal, en lo que es el sufrimiento, la marca del pasado, del horror y la violencia, que somos tan propensos a repetir una y otra vez, condicionados por un bagaje emocional traumático que somos incapaces, aparentemente, de superar. Así, Doueiri nos lleva hasta la antaño violenta región, y nos propone un proceso judicial, pero pronto sabremos que es mucho más que eso (y que, en contraste, hace que las películas yanquis sobre juicios parezcan tan artificiosas).

La premisa inicial es sencilla. Yasser es un ingeniero palestino que dirige las obras que acondi-

cionan los barrios de la ciudad, y que acaba insultando a Toni, un libanés de vivo carácter, que se niega a que le arreglen el canalón ilegal que tiene en su terraza. Yasser es un refugiado. Ha pasado su vida huyendo y pugnando por una dignidad amenazada desde el nacimiento del Estado de Israel. Toni es un cristiano libanés que dirige un taller de automoción y al que no le gustan los palestinos. Pero cuando Toni destroza a martillazos el canalón que Yasser ordena poner a sus operarios y este le insulta, todo cambia. Toni, sumamente ofendido, exigirá una disculpa. No atiende a más razones. Pero cuando parece que, finalmente, la mujer de Yasser le convence de que dé el paso, en otro desafortunado desencuentro, le rompe dos costillas de un puñetazo a Toni, quien le ha escupido la frase: "Ojalá que Ariel Sharon os hubiera exterminado a todos". Aún más airado por la agresión, Toni va más lejos y le lleva ante los tribunales. En un primer momento, la justicia libanesa no condena a Yasser, pero Toni insiste y apela, esta vez, ayudado por un bufete de abogados, y con el agravante de que la mujer de Toni ha tenido un embarazo prematuro, con grave riesgo de la vida del bebé que esperaba, al que hacen responsable subsidiario a Yasser.

Su enfrentamiento trasciende y llega a los medios de comunicación y el caso se les va de las manos soliviantando los viejos rencores de las comunidades palestinas y cristianas de Beirut. La película va adquiriendo, de este modo, en un crescendo perfectamente elaborado, una intensidad que te sujeta a la butaca. Se tiene en cuenta, en todo momento, como un mero percalce va activando todos esos mecanismos de odio y resentimiento, en los que la furia orgullosa de Toni se enfrenta a la más introspectiva de Yasser, quienes, sin pretenderlo, se van a convertir en símbolos de viejos agravios existentes. Y, ahí, el filme explora como todavía hay hondos y desgarradoras heridas que no se han

¹ Ficha técnica. 2017. Líbano. Título original: L'insulte. Director: Ziad Doueiri. Guión: Ziad Doueiri y Joelle Touma. Música: Éric Neveux. Fotografía: Tommaso Fiorilli. Intérpretes: Adel Karam, Kamel El Basha, Christine Choueiri, Camille Salameh, Rita Hayek y Talal Jurdi. Duración: 110 minutos.

cerrado entre ambas comunidades (y puede servir para aplicarse a otras). En la batalla dialéctica entre los dos abogados que defienden el caso, no es casualidad que sean padre e hija, dos generaciones, se van a desvelar los viejos rencores y como los contextos históricos determinan las actitudes y pasiones virulentas. Es increíble, pero cierto, como dos individuos cualesquiera, en una disputa personal (tras la cual hay agravios históricos), se convierten en reveladores de resentimientos que acaban haciendo saltar, sin pretenderlo, la chispa de un conflicto latente e irresuelto que implica a miles de personas.

Con todo, Doueiri, sin necesidad de recurrir a efectistas y artificiosos giros narrativos, nos muestra los efectos de las viejas tragedias de los años 70 y 80, tanto en Jordania como en el Líbano. En este último caso, referido a la guerra civil, cuando las milicias palestinas colaboraron con libanesas en *limpiar* ciudades cristianas, entre ellas, Dambur, de donde es oriundo Toni. Este trauma explica su odio hacia Yasser, al que identifica con su tragedia familiar. Pero la película no resultaría tan brillante sin esos elementos que introduce de reflexión, comprensión y esperanza. Como cuando tras entrevistarse con el presidente libanés, Toni se acerca al coche de Yasser, que no arranca, y por deferencia profesional, le soluciona el problema del motor, lo que indica que su odio no es tan irreconciliable. O ya cuando Yasser se acerca, de nuevo, al taller de Toni y le demuestra que las palabras pueden ser muy hirientes y provocar una reacción violenta, cuando no son inocentes.

Todos sufren, nadie tiene el monopolio del dolor, como lanza en su alegato final el abogado de Toni. Ha llegado el momento de superar el pasado, como afirmará antes el líder del partido cristiano, y vivir el presente, aunque no todas las heridas ni injusticias estén resueltas. Y cuando concluye la causa, la victoria de uno de ellos es más el final de un viaje en el que ambos descubren quién es *el otro*, la alteridad, la naturaleza de su sufrimiento y que le ha hecho actuar de ese modo, no solo como personas, sino como identidades perseguidas o señaladas, y ellos mismos lo reconocen, en un pequeño gesto de simpatía, a la salida, sin sentirse ninguno de los dos moralmente derrotados por el dictamen judicial. Porque el filme elude caer en el

cierre fácil, en la conciliación amable de ambos personajes, en cambio, deja la puerta abierta a una valoración sobre cómo los individuos somos presos de nuestra identidad y pasiones, y también de por qué debemos dar un paso adelante y aprender a darnos cuenta de que el sufrimiento de los demás es igual que el nuestro. El pasado no se puede reparar, pero el presente debe ser vivido de otra manera...